

Plumas

Manuel Campa

Nunca deja de sorprenderme el gran número de bolígrafos o plumas que llevan los médicos prendidos en el bolsillo delantero de la camisa o de la bata blanca. En contraste, me recuerdan a los viejos maestros de escuela, portadores únicamente de un pobre lápiz mordido. En cuanto un aprendiz de médico aprueba el examen MIR, lo primero que hace es cargarse de tantos bolígrafos, como si se tratara de un antiguo vendedor ambulante. Aunque desconozco el origen de tantos útiles de escritura, sospecho que la finalidad de los mismos no obedece tanto a motivos pragmáticos, de utilidad, como a una recuperación de los orígenes de las plumas, como adornos, ostentación, o como señales de un status social. Hay que recordar que el lugar donde se prenden la media docena de bolígrafos y plumas es el mismo donde los generales llevan las condecoraciones, o donde los civiles europeos que combatieron en la Gran Guerra ostentan las medallas sobre su traje dominguero. Está más que justificado que los jóvenes MIR se autocondecoren: es la mínima ostentación que pueden permitirse, tras su gran esfuerzo. Según este símil, un doctor con media docena de bolígrafos y plumas, equivale a un general cargado de condecoraciones. Pero no son los médicos los únicos que acumulan más plumas de las que usan; en el largo período entre las dos grandes guerras, los emigrantes asturianos que regresaban de América, o incluso algunos al retornar de la mili, traían, como oro en paño, una pluma estilográfica, que se guardaba en un baúl con llave y que, muchas veces, no se sacaba de allí hasta la muerte de su dueño. Además del lápiz roído del señor maestro y de las plumas estilográficas guardadas en los baúles, había el lápiz que el carpintero llevaba sobre la oreja. No faltaba el pizarrín, la plumilla o la tiza, además de las cuerdas con que los aserradores marcaban las “falcas” o rollas de madera.

Las plumas o bolígrafos de los médicos imponen respeto. Su posible huelga en Asturias produce temor en la gente. Aunque una huelga general significa siempre una quiebra o ruptura entre una parte de la sociedad y el poder político constituido, las mismas personas que se suman a este paro, temen al de los médicos. En ambos casos se trata de un derecho constitucional, que nadie puede negar, siempre que se cumplan los servicios mínimos. Pero, la gente, por si acaso, echa sus cuentas: “¿Sigue abierta la consulta del curandero de la calle la Lila? ¿Y la curandera de Cabueñes no cerrará con la huelga? ¿Será verdad que murió hace cuarenta años el curandero del Puelo?”. Y no faltan los malos agoreros: “Verás cómo nos da un patatús, precisamente los días de huelga de los médicos”.

La huelga de los galenos inspira mucho respeto. Son muchos bolígrafos, muchas plumas.